


Azriel Bibliowicz

## *Del Malaj al Angelus: los ángeles en la literatura*

 n un pequeño ensayo sobre los ángeles, Jorge Luis Borges decía que la imaginación de los hombres ha creado tritones, hipogrifos, quimeras, dragones, aves fénix, unicornios, cíclopes, basiliscos, leviatanes, faunos, por mencionar sólo algunos seres extraordinarios. Curiosamente, todos ellos han desaparecido, como no ha sucedido con los ángeles. Ya ningún poeta se atreve a sacar de las cenizas al ave fénix o pasear sobre un pegaso a uno de sus personajes, pero los ángeles todavía cruzan sus versos y resplandecen en ellos.

Decía también Borges que se los imaginaba,

[...] siempre al anochecer, en la tardecita de los arrabales o de los descampados en ese largo y quieto instante en que se van quedando a solas las cosas a espaldas del ocaso y en que los colores distintos parecen recuerdos o presentimiento de otros colores. No hay que gastarlos, son la divinidades últimas que hospedamos y a lo mejor se vuelan.

Puedo identificarme con la observación y la advertencia de Borges, no sólo porque, últimamente, movimientos como la Nueva Era y el fin del milenio han gastado en forma exagerada a los ángeles y se nos van a volar, sino porque estoy convencido de que los ángeles surgen, como lo explica el poeta, al anochecer. De acuerdo con la antigua tradición judía, los ángeles primitivos eran las estrellas de la aurora y fueron creados, según el *Talmud*, en el cuarto día, dos días antes que el hombre. Por ello pudieron ver la tierra nueva, recién hecha, llena de trigales. En el libro de *Job*, 38:7, se lee que el Señor hizo el mundo “entre la aclamación unánime de los astros de la mañana

y los vítores de los ángeles” (he tomado la traducción que de la *Biblia* hizo el padre Luis Alfonso Schockel).

En el *Testamento Original* —como prefiero llamar al *Antiguo Testamento*— no abundan los ángeles, y su texto no aclara si muchos de los seres que tomamos por ángeles en realidad lo eran: a veces se trata de querubines o de serafines. Cuando leemos que Dios expulsó a Adán y Eva del paraíso y puso a un ángel con una espada flamante en la puerta del mismo, el texto original en hebreo habla de un querubín.

Es importante distinguir entre los ángeles, los serafines y los querubines. Los ángeles —*malaj* o *malajim*, en plural— eran mensajeros de Dios. Los querubines —*jerubim*, en hebreo— y los serafines —*serafim*, palabra hebrea— son seres distintos de los ángeles y tienen una categoría superior en la burocracia celestial, por cuanto los ángeles son los que hacen los mandados, mientras que los querubines y los serafines se quedan en la corte celestial y nunca bajan a la tierra. A los ángeles, acaso por pertenecer a una categoría inferior y por ser más populares, en el mejor sentido de la palabra, los sentimos más cerca.

También hay otra razón: probablemente, si hubieran bajado los querubines y los serafines, nos habrían pegado un reverendo susto. Los querubines carecen de rostro y tienen cuerpo de animal con alas; los *serafim* poseen seis alas: dos les cubren la cara, dos los pies y dos son para volar. Son aterradores y por ello Dios parece evitar su uso como mensajeros. El término hebreo *malaj* significa “mensajero”, al igual que *angelus*, en griego, quiere decir “embajador”, “mensajero” o “nuncio”. Los ángeles bajaban a la tierra y podían llegar sucios y hambrientos; al menos eso nos cuenta la *Biblia* cuando se le aparecen a Abraham para avisarle que Sara va a tener un hijo a la edad de noventa años, hecho que la lleva a reírse. Ahora bien, Isaac —en hebreo *Izjak*— significa “la que se rio”. También es la voz de un ángel la que detiene el cuchillo de Abraham en el momento del sacrificio, pero tampoco conocemos su nombre ni su apariencia. Sólo sabemos que Abraham oye un grito. El texto del Génesis, 22:11, nos dice:

Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo:

—¡Abraham, Abraham!

Él contestó:

—Aquí estoy.

Dios le ordenó:

—No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ya he comprobado que respetas a Dios, porque no me has negado tu hijo, tu hijo único.

Eso es todo lo que sabemos del ángel. No sabemos si tenía voz gruesa o delgada, si poseía alas o no y tampoco conocemos su nombre, es otro mensajero anónimo.

Jacob también se encuentra con un ángel sin alas, de nuevo con forma de hombre, aunque la iconografía lo muestra con suntuosas extremidades animales. El texto del Génesis, 32:25, afirma: “Un hombre peleó contra él hasta la aurora, y viendo que no lo vencía, le tocó la articulación del muslo y se la dejó tiesa mientras peleaba con él”.

De nuevo aparece con la forma de un hombre anónimo, lo que es recurrente entre los *malajim* del *Testamento Original*. Es también el caso del famoso sueño de Jacob que todos pintan, lleno de ángeles con alas que, de nuevo, podrían ser simples hombres, pues de tener alas no hubieran necesitado escaleras. El texto dice: “Mensajeros del Señor subían y bajaban por ella”. No los describe como seres con vistosas extremidades animales. Podían ser hombres, hay que destacar, hombres anónimos.

La falta de nombre de los ángeles en el *Testamento Original* me remite a un viejo e irónico adagio talmúdico que dice: “los nombres de los ángeles vienen de Babilonia”. El adagio nos da muchas más claves de lo que a primera vista imaginamos para comprender y entender la historia de los ángeles. Curiosamente, en el *Testamento Original* sólo se menciona a los ángeles por sus nombres propios en los libros de *Daniel* y *Tobit* (o *Tobías*), este último libro apócrifo para los judíos y protestantes, aun cuando pertenece al canon de la iglesia romana.

Los ángeles –en principio– eran mensajeros de Dios y tenían un bajo perfil. Sólo hasta los libros de *Daniel* y *Tobit* –ambos postexílicos– los ángeles dejan de ser anónimos para convertirse en figuras dignas de reconocimiento. El libro de *Daniel* fue escrito aproximadamente en el año 165 a. C., durante la insurrección macabea contra los selúcidas, en Babilonia; el libro de *Tobit*, por su parte, es un romance de la diáspora y también fue escrito en el siglo II a. C. En otras palabras, ambos fueron elaborados después del exilio babilónico y la influencia que Babilonia tuvo sobre el pueblo judío.

Creo que es fundamental hablar sobre el exilio babilónico para ubicarnos históricamente y comprender cómo este hecho marca no sólo la escritura de varios libros que fueron incorporados posteriormente al canon (judío y cristiano), sino que dejó su impronta en la revisión de la escritura de la *Biblia* en general y resulta central para comprender la historia de los ángeles. Por cierto, para muchos estudiosos, los ángeles que aparecen en el *Testamento Original* fueron añadidos por su redactor en el siglo V a. C., después del retorno de Babilonia. El exilio babilónico se produce cuando Nabucodonosor, el rey de Babilonia, destruye el templo que había construido el rey Salomón en Jerusalem en el año 587 a. C. Nabucodonosor dispersa a los judíos y se lleva a la élite

intelectual a Babilonia para dar inicio a la primera diáspora. Entonces no podemos hablar de israelitas sino de judíos, pues eran habitantes del reino de Judea. Es un momento dramático en la historia del pueblo judío: en el año 722 a. C., los asirios habían destruido el reino de Israel, con capital en Samaria, junto con sus tribus.

Recordemos que Israel fue una nación unificada bajo dos reyes, si se quiere tres: Saúl, con quien la unión es todavía endeble; David, el que consolida y establece la unidad nacional, y su hijo Salomón, quien en la *Biblia* goza de una curiosa fama de sabio, fama que en verdad no logro comprender porque fue él, sin lugar a dudas, el causante de las dificultades que conducen al cisma y al rompimiento de la nación en dos reinos: Judea e Israel. Las peleas entre aquellos dos reinos ayudaron a debilitarlos y, finalmente, a hacerlos caer: primero Nabucodonosor destruye a Israel con sus diez tribus y luego dispersa al pueblo judío.

En las clases que dicto en la Universidad Nacional sobre la *Biblia* para acercar a los estudiantes a esa extraña realidad que vivió el pueblo judío en el siglo VI y su retorno a Judea, comparo el exilio babilónico con la diáspora de los cubanos hacia los Estados Unidos. Imaginen el siguiente escenario: de pronto los cubanos de Miami regresan a Cuba y vuelven a dirigir el destino de la isla. Por un lado, probablemente el inglés comenzaría a tener una importancia inusitada y se convertiría en la lengua de esta clase dirigente, lo que diferenciará a este grupo de los otros cubanos. Tomaría tal prestigio el inglés, que muchos de los libros cubanos de entonces se escribirían en este idioma. Por otro lado, la influencia de la realidad norteamericana que vivieron y disfrutaron marcaría tanto las políticas como la ideología de la vida cotidiana; el ratón Mickey y el pato Donald serían aún más importantes de lo que son ahora.

Cuando los judíos regresaron a la patria, lo hicieron a una Judea más pequeña. Hablaban entonces en arameo —el idioma de la corte en Babilonia— más que en hebreo como lengua franca. De ahí que esa lengua entre a formar parte de algunos de los libros de la *Biblia* del postexilio, como es el caso de los libros de *Daniel* y de *Ezra* o *Esdras*, con partes escritas en arameo. Del mismo modo, hay que tener en cuenta que regresaron con muchas de las costumbres e influencias religiosas que vieron y encontraron en la corte babilónica.

La angelología, que se inicia en los libros de *Daniel* y *Tobit* y en libros posteriores, como el de *Enoch*, será esencialmente zoroástica, no ismelita; hacen parte de la influencia babilónica de la *Biblia*, producto de la diáspora y retorno a Judea después de su permanencia en cortes foráneas. Más aún, se puede decir que toda la *Biblia* como la conocemos hoy día es una revisión de la época post-babilónica. El de *Daniel* es un

libro con un claro sabor babilónico, no sólo porque su acción tiene lugar en dicho país, sino porque en él aparecen los ángeles Gabriel y Miguel mencionados como tales. Es además un libro apocalíptico, visión que también viene de Babilonia y marcará los textos del *Nuevo Testamento*. Una visión apocalíptica y maniquea cobra una gran fuerza después del exilio. No es una casualidad que el canon de la Iglesia romana coloque a Daniel como un profeta mayor, mientras que el judaísmo lo incluye, no en el libro de los profetas, sino en los escritos finales —o *Ketuvim*— que fueron incorporados como parte complementaria a la *Biblia*. El estilo apocalíptico de Daniel va a ser heredado por la Iglesia.

Tampoco es casual que de pronto surja el personaje de Satanás con una fuerza inusitada; la figura de Satanás como adversario de Dios vino también de Babilonia. En los textos del *Testamento Original* apenas aparecen menciones a Satanás. Cuando lo vemos como en el libro de *Job*, es más un fiscal del Señor que su adversario o contrincante. Es un *benei adonai*, “hijo de Dios” o “ángel caído”. Curiosamente, mientras contamos solamente dos o tres menciones de Satanás en el *Testamento Original*, hay cincuenta y tres referencias del mismo en el *Nuevo Testamento*.

El otro libro en el cual aparece un ángel con nombre propio es el libro de *Tobit*, en el cual Rafael cura a Tobit de su ceguera y le devuelve su fortuna. Esta historia del post-exilio ilustra cómo el coraje y la fe en el Señor son recompensados por Dios con la intervención del ángel Rafael. En cierta forma la historia de Tobit nos recuerda la de Job, en la cual está basada.

Es una típica historia del postexilio. No es una casualidad que posteriormente la tradición cristiana identificara a Rafael con el ángel guardián. *Rafua* en hebreo significa medicina, por lo que Rafael es “la medicina de Dios”. *El* es el apócope de Elohím, uno de los nombres de Dios. Por ello Ismael significa “el que vence a Dios”; Rafael, “la cura de Dios”; Miguel o Mijael, “el guerrero de Dios” —*miljama* es guerra en hebreo— y Gabriel viene de *geber* o *gibor*, fortaleza, que en este caso guarda la connotación de aliento o consuelo; así, Gabriel significa “el consuelo de Dios”.

A partir de ese momento, Rafael, Miguel y Gabriel ya no serán ángeles sino arcángeles, ángeles que tienen nombre propio y resultan protagónicos en varias historias, tanto en el judaísmo como en el cristianismo y en el Islam. No debemos olvidar que el ángel Gabriel es quien le dicta *El Corán* a Mahoma y le anuncia a María la llegada de Jesús. Los arcángeles son siete, de acuerdo con el Libro de *Tobit*, 12:15. Rafael se describe como uno de los siete ángeles que están al servicio de Dios y tienen acceso al Señor de la Gloria. El término arcángel viene del griego *archaggeloi*, que

significa “jefe de los ángeles”. Lo que sabemos de los arcángeles, aparte de esto, se lo debemos al libro de *Enoch* que, si bien es atribuido a un autor sagrado, no se halla incluido en el canon de la *Biblia*. En este texto apócrifo se desarrolla de modo especial el tema de la angelología: afirma que los arcángeles son Uriel, Rafael, Raguel, Miguel, Sariel, Gabriel y Remiel o Jeremiel (*Enoch*, 20), al mismo tiempo que amplía tanto la historia de Rafael como la de Gabriel y Miguel, para luego hablarnos de la transformación de Enoch en el ángel Metatrón, el príncipe de los ángeles, la cual describiré y analizaré más adelante.

Regresemos a Babilonia, ya que ella es la cuna de los ángeles. En el período del exilio o primera diáspora judía, la religión del imperio era la zoroástrica, cuyo origen se remonta—de acuerdo con el historiador Norman Cohn, autoridad en el pensamiento milenarista— al profeta iranio Zoroastro, de quien no se sabe con certeza cuándo vivió: de acuerdo con ciertos estudiosos, alrededor del siglo VI a. C.; según otros, en el siglo VIII a. C.; para algunos más, a mediados del siglo XV a. C.

Zoroastro o Zaratustra (el nombre griego de Zoroastro que Nietzsche prefiere) era un sacerdote de la antigua religión irania de los magos, pero la reformó y el zoroastrismo se convirtió en la fe del imperio persa desde el siglo VI a. C. hasta mediados del siglo VII d. C., cuando los musulmanes la erradicaron. Hoy sólo quedan unos cien mil zoroastras en la India, denominados *parsis*, y otros miles en Irán. En otras palabras, es una religión importante que prácticamente ha desaparecido pero que dejó una huella imborrable y determinante, tanto en el judaísmo como en el cristianismo y en el Islam. Por cierto, las tres le deben a Zoroastro parte de su visión mesiánica.

El dios de Zoroastro, Ahum Mazda, Señor de la Luz y la Sabiduría, es benigno y poderoso, pero tenía un hermano gemelo, Angm Mainyu, Señor del Mal y la Destrucción. Esta incesante guerra entre los gemelos acabaría, algún día, con el triunfo de Ahum Mazda y la instalación de un reino de paz y alegría eterna. Como primer profeta milenarista, Zoroastro introdujo el concepto de la resurrección de los muertos. Antes de él se creía que todo el mundo descendía a un triste y temible inframundo, a excepción de unos pocos agraciados por los dioses.

Según Zoroastro, quienes creyeran en él ascenderían a los cielos y quienes se opusieran terminarían en el inframundo de su hermano gemelo. La noción de infierno de fuego como castigo también es zoroástrica. Ahora bien, Zoroastro esperaba que este gran cambio se produjera durante su propia vida. No fue así, pero el profeta tuvo la previsión de concebir un futuro benefactor o una figura mesiánica, el *Saoshyant*, que triunfa sobre las fuerzas del mal y resucita a todos los muertos al final de los días.

En la larga historia del zoroastrismo, algunas de las doctrinas originales del profeta acabaron arrinconadas por las ideas reformadoras del zervanismo, originalmente una herejía que terminó convirtiéndose en la religión oficial persa desde el principio del siglo IV hasta su caída. En vez de una inminente apocalipsis, el zervantismo propone un ciclo de eras mundiales. Tres milenios después de Zoroastro, Ormazd (el nuevo nombre de Ahura Mazda) triunfa por fin sobre Ahrimán (nombre definitivo del malvado Angm Mainyu). Zervan —el tiempo— era considerado padre tanto de Ormazd como de Ahrimán; esta identificación le permitió al judaísmo helenizado reconocer a Yahvé como Zervan.

El judaísmo halló puntos de encuentro con el zoroastrismo por una vieja leyenda que sostenía que el patriarca Abraham era astrólogo y docto en las estrellas. También existía una leyenda según la cual Zoroastro había estudiado con Abraham. Lógicamente, esto legitimó el contacto entre las dos religiones.

Norman Cohn ha rastreado la influencia del zervanismo desde los libros de *Daniel* y de *Enoch*, pasando por la comunidad de Qumran y su biblioteca, que son los rollos del mar Muerto, hasta llegar al *Apocalipsis* de san Juan. La angelología es el gran legado que los zervanitas transmitieron a judíos, cristianos y musulmanes.

La imagen central de la visión de Zoroastro es un fuego que purifica y cura, el cual transforma a Enoch en el ángel Metatrón, el más grande de los ángeles. Metatrón se hace crucial en toda la angelología, tanto judía como cristiana. En el judaísmo, la angelología se plasma en la *Cábala* y en su libro más importante, el *Zohar*, escrito por Moisés de León en España en el siglo XIII.

Todo parece indicar que el autor de *Enoch* partió de la cosmogonía zoroástrica, en la cual el Dios de Luz y Sabiduría siempre está rodeado de seis poderes emparentados, los arcángeles zoroástricos. Ormazd aparece con tres arcángeles masculinos a su derecha y tres femeninos a su izquierda, mientras que él es padre y madre de la creación al mismo tiempo. No debe extrañarnos la visión andrógina de los ángeles, ya que proviene también de la cosmogonía zoroástrica. De los seis arcángeles, el más importante es Spenta Armaita, único ángel femenino de la tierra y madre de Daena, cuerpo astral o resurrección de cada uno de nosotros.

Como ya había indicado, el fuego purifica, cura y transforma a Enoch en Metatrón, el más grande de los ángeles y príncipe de los mismos. Enoch es una figura oscura en la *Biblia* y aparece en el *Génesis*, 5:18-24. Lo único que nos cuentan las escrituras sobre el personaje es lo siguiente:

Yered tenía ciento sesenta y dos años cuando engendró a Enoch [...]. Enoch tenía sesenta y cinco cuando engendró a Matusalén. Enoch trataba con Dios. Después de nacer Matusalén, [Enoch] vivió trescientos años y engendró hijos e hijas. Enoch vivió un total de trescientos sesenta y cinco años. Enoch trató con Dios y después desapareció, porque Dios se lo llevó.

Fin del texto. Eso es todo lo que sabemos oficialmente de Enoch. Sin embargo, el hecho de que Dios se lo llevara entero al cielo dio paso a que, en el siglo II a. C., se escribieran los cuatro volúmenes que conforman el famoso libro apócrifo de *Enoch*, el mayor tratado de angelología que tenemos.

La visión zoroástica resultó decisiva para Occidente, aunque nos hagamos los olvidadizos e intentemos borrarla. El zoroastrismo se fundió con el hermetismo alejandrino y con el neoplatonismo en la época del dominio griego, hasta encontrar su pleno desarrollo y entrar a formar parte de la Iglesia romana y del judaísmo en su último texto místico, la *Cábala*.

Es curioso que tanto el judaísmo como el cristianismo y el islamismo, que consideran al zoroastrismo como una herejía y un residuo exótico, le deban espiritualmente tanto, ante todo en lo que a estos seres intermedios que llamamos ángeles se refiere.

San Agustín —en la Iglesia católica— dijo que no sabía si los ángeles poseían un cuerpo material, pero este comentario cayó en saco roto. Santo Tomás de Aquino sostenía que los ángeles eran puramente espirituales. John Milton, probablemente el mayor de los angeólogos en el mundo protestante, y quien sin lugar a dudas conoció el libro de *Enoch*, insistía en que todos los seres reales debían poseer un cuerpo. Para Milton, en *El Paraíso Perdido*, la obra más importante de la angelología occidental, los ángeles comen y digieren comida humana y pueden ser heridos (aunque no mueren) en combates con otros ángeles; gozan de voluntad propia, tienen libre albedrío y, aun cuando nos sorprenda, les encanta hacer el amor, pero no para concebir otros ángeles o bebés angélicos, sino por simple placer y para gozar del sexo. Además, los ángeles de Milton son alternativamente masculinos y femeninos e intercambian el sexo con su pareja. Eso no se le ocurrió ni a Zoroastro.

Harold Bloom subraya la gran originalidad del poeta, que rompe con todos los angeólogos anteriores para insistir en que a todos los ángeles, caídos y no caídos, les encanta hacer el amor. Estoy de acuerdo con Bloom. En Milton, hasta Satanás goza cuando se une al pecado para engendrar a la muerte. Para Milton, los ángeles eran un espejo en el que todos podíamos vernos.



La tradición judía apócrifa, centrada en el libro de *Enoch* —escrito en el año 175 a. C., durante la época de la revuelta macabea—, nos cuenta que muchos de los ángeles caían debido a su inusitada lujuria por las hermosas hijas de los hombres. Esto se fundamenta en la famosa historia de la generación de los gigantes, que también tiene su origen en la *Biblia* y la narra el *Génesis*, 6:1-8:

Cuando los hombres se fueron multiplicando sobre la tierra y engendraron hijas, los hijos de Dios [*benel Elohim* en el texto original, que se refiere en este caso a los ángeles] vieron que las hijas de los hombres eran bellas, escogieron algunas como esposas y se las llevaron.

Así nació la generación de gigantes, por la unión de los ángeles con bellas mujeres. Y de ahí les viene la fama de lujuriosos a los ángeles.

Estos gigantes, de acuerdo con el libro de *Enoch*, son espíritus malignos, porque nacieron de mujeres mortales y ángeles inmortales, y tienen un apetito que los lleva a devorarlo todo: los frutos del campo, las bestias y hasta ellos mismos. Al contemplar ese horror y la terrible enseñanza de la magia y la brujería por parte de Azaz'el, uno de los demonios, Dios envía el diluvio sobre la tierra y ordena al arcángel Rafael que entierre a Azaz'el bajo las piedras del desierto.

El libro de los secretos de *Enoch* es —en términos literarios— apasionante y sorprendente. Tras contarnos cómo nacen los ángeles, deja ver la influencia zoroástrica cuando, en el capítulo titulado “Esencias de fuego”, nos dice:

De todas las huestes del cielo hice la imagen y esencia del fuego. Mis ojos miraron una dura roca y del reflejo de mis ojos, el rayo recibió su maravillosa naturaleza, que es fuego en agua y agua en fuego. El agua no apaga el fuego ni el fuego seca el agua. El trueno es más brillante que el sol y más suave que el agua y más firme que la roca. Y de la roca corté un gran fuego, del cual he creado diez huestes de ángeles incorporales. Sus armas son de fuego y su vestimenta una llama ardiente. Les he ordenado a cada una mantenerse en orden.

Por lo tanto, el alumbramiento de los ángeles no es necesariamente sexual. Sin embargo, el miedo por la lujuria de los ángeles y su sexualidad arrebatada entra al cristianismo; lo vemos en san Pablo, quien no cree en los ángeles. En la *Primera Epístola a los Corintios*, 11:10, dice: “Por eso la mujer debe llevar en la cabeza una señal

de sujeción, por los ángeles”. Todo parece indicar que Pablo se refiere a la lujuria de los ángeles hacia las mujeres terrenales.

En la *Epístola a los Colosenses*, 2:18, no parece haber una gran diferencia entre demonios y ángeles; en ella se advierte a los cristianos contra “las devociones a ángeles”, advertencia que parece haberse olvidado. Pablo sospechaba de los ángeles y creía que todo ángel era potencialmente un ángel caído; según él, pertenecían a la antigua alianza, que había sido revelada por los ángeles, como la ley mosaica. San Pedro también observó que la victoria de Cristo constituyó una derrota para los ángeles, porque fue más líder de los hombres que éstos.

Santo Tomás de Aquino es quien aboga en el cristianismo por la necesidad de los ángeles. Según este teólogo, Dios no tenía razón para crearlos, pero una vez creados, por la bondad divina, debían participar en la creación: Dios desea que sus criaturas lo imiten. Y, como es pura inteligencia, debió crear inteligencias puras en los ángeles, sólo ellos pueden imitarlo. Ahora bien, “puro” para santo Tomás es sinónimo de espíritu: Dios y los ángeles están libres de materia.

También llama la atención otra afirmación de santo Tomás: él sostiene que Dios creó los ángeles para su propia gloria, y la gloria de Dios está por encima de la materia y de la enumeración. Por consiguiente, santo Tomás insiste que el número total de ángeles está más allá de nuestra capacidad de cálculo, por lo cual hay mucho ángel que anda suelto. Curiosamente, para santo Tomás existe un límite en el conocimiento angélico y se trata de un límite temporal. Según este teólogo, Dios conoce el futuro, pero los ángeles no, por lo cual cabe la posibilidad de que no sean eternos; lamentablemente, se abstiene de contarnos cuántos años viven. La visión de santo Tomás es racional, aristotélica y jerárquica; en cierta forma, resulta menos imaginativa.

Santo Tomás acepta las nueve categorías angélicas: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles. Algunos estudios demuestran que la clasificación de santo Tomás proviene de la formulada por el pseudo Dionisio Areopagita, escritor neoplatónico del siglo V d. C., a quien se debe un texto titulado *La jerarquía celestial*. Una vez que santo Tomás aceptó dicha clasificación, el trabajo del pseudo Dionisio Areopagita pasó a dominar la jerarquía angélica de la Iglesia católica.

Dante invirtió el orden de los principados y de los arcángeles en la *Divina Comedia*. El serafín que tradicionalmente rodea el trono del Señor y canta sin cesar “*Kadosh, Kadosh, Kadosh, adonai Tzevaot vojol kol a aretz kevodo*” (“Santo, Santo, Santo, Yahvé de los ejércitos: llena está toda la tierra de tu gloria”), ya no canta. Los serafines

desaparecieron en la tradición católica. Sólo existe una referencia a los serafines en el *Testamento Original* o *Biblia* hebrea: el capítulo 6 de *Isaías* nos cuenta que le cantan permanentemente al Señor. Dice *Isaías*:

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Por encima de él había serafines erguidos con seis alas cada uno: con dos alas que le cubrían el rostro, con dos alas se cubrían el cuerpo y con dos alas se cernían. Y clamaban alternándose: Santo, Santo, Santo Yahvé de los ejércitos.

Como vemos, santo Tomás no estaría de acuerdo con la visión de Enoch de los ángeles, que son materia pura y lujuriosos, así como tampoco hallaremos serafines en el *Nuevo Testamento*; abundan, sí, en el libro de *Enoch*, que es el centro de las angelologías, a pesar de santo Tomás. Este libro desarrolla un sofisticado mundo de leyendas relacionadas con los ángeles.

Uno de los mitos principales sobre los ángeles afirma que fueron creados el segundo día y no el primero, como ya expliqué. Otros sostienen que fue el cuarto día; no hay consenso al respecto. Hay en este debate una amarga polémica implícita contra los herejes gnósticos judíos, quienes le atribuían la creación no a Dios, sino a los ángeles, insinuando que las fallas de los hombres se deben a su origen angélico.

Parece claro que no hay una visión definitiva de los ángeles, pero emergen en el periodo postbabilónico y abundan en esta época turbulenta que fue la matriz del cristianismo. La literatura apocalíptica, que va aproximadamente del siglo II a. C. al siglo III d. C., es el verdadero dominio de los ángeles y va ligada a Enoch, misterioso hombre que caminó con Dios y a quien Dios se llevó consigo. Enoch acaba por ser la figura solitaria crucial en la larga historia de los ángeles, aunque en principio haya sido hombre. Se convirtió en un ángel extraordinario, más una especie de semidiós que un simple ángel, por lo cual también fue llamado "el Yahvé menor". La transmutación de Enoch —o Metatrón— en ángel es el modelo de las ascensiones de los hombres a los cielos: su piel es reemplazada por un ardiente atavío de luz y sus dimensiones humanas se expanden en toda la longitud y la anchura del mundo creado.

Jacob también forma parte de este selecto grupo y se transforma en el ángel Uriel. Lo mismo ocurre con el profeta Elías, quien se convierte en el ángel Sandalfón. El cristianismo conviene con ello; lo mismo sucede con san Francisco de Asís, quien según sus seguidores se convierte en Rhamiel, ángel de la misericordia. Dante hace de

Beatriz otro miembro de ese extraordinario club, aunque para el poeta ella fuera ya un ángel.

El primer libro de *Enoch* se conserva hoy sólo en etíope antiguo, aunque algunos fragmentos descubiertos entre los manuscritos del mar Muerto demuestran que su idioma original era el arameo. Según algunas tradiciones, ésta es también la lengua de los ángeles, aunque los más ortodoxos insisten en que los ángeles sólo hablan en hebreo. Hay un momento verdaderamente maravilloso en el capítulo sexto del libro tercero de *Enoch*, cuando los ángeles se burlan de Enoch y protestan por su importancia. Dice el texto:

En cuanto llegué a las alturas celestiales, las santas criaturas, los serafines, los querubines, las ruedas del carro y los ministros de fuego abrazador, olieron mi olor a trescientos sesenta y cinco mil miriadas de parasangas de distancia y dijeron: “¿Qué hace aquí uno que huele a nacido de mujer? ¿Por qué una gota blanca asciende a lo alto y sirve entre aquellos que surcan las llamas?”. [Una *parasang*a es una medida persa equivalente a 5.250 metros].

Esa gota blanca a la que se refieren los ángeles es la contribución de Yared, padre de Enoch, a su procreación. Debo confesar, sin embargo, que el increíble olfato de los serafines y los querubines no deja de impresionarme. El pobre Enoch, por más que haya sido convertido en Príncipe de los Ángeles, aún huele como humano: ésta es su tragedia. La réplica de Dios a los ángeles constituye una fuerte censura y una profunda queja contra todos nosotros: “Éste a quien he elevado es mi única recompensa en todo el mundo que poseo bajo el cielo”.

El tema de los ángeles, como vemos, es de una riqueza mitológica y literaria sorprendente. Para bien o para mal, forma parte de una tradición que nos pertenece a todos. Y no se trata de imágenes efímeras; el zoroastrismo, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo no han sabido narrar la historia de sus verdades sin la intercesión de los ángeles.

Para comprender el valor de la angeología, me identifico con el maestro Harold Bloom, autor de un bello libro que tiene un capítulo dedicado a los ángeles: *Presagios del milenio*. Su lectura me ayudó a comprender que cualquier imagen recurrente de la espiritualidad humana se merece un enorme respeto. Éste es el caso de los ángeles.

Quiero concluir con una cita del mismo Bloom:

Las imágenes tienen su propia fuerza y persistencia. Dan fe de las necesidades y los deseos humanos, pero también de una frontera trascendente que marca o bien un límite a lo humano o bien que más allá de lo humano puede no haber límites. Hay un mundo suprasensible que no es ni el mundo empírico de los sentidos ni el mundo abstracto del intelecto. En este mundo intermedio reinan las imágenes tanto si pertenecen a las obras de Shakespeare, a las escrituras de diversas religiones o a nuestros sueños, como si son manifestaciones de la presencia de los ángeles o de los cuerpos astrales... El mundo angélico, ya sea una metáfora o una realidad, es una imagen gigante en la que podemos vernos y estudiarnos, incluso mientras avanzamos hacia el fin de nuestra era.

### Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante. *Comedia*. Barcelona: Seix Barral, 1973.
- BARNSTONE, Willis (ed.). *The Other Bible*. San Francisco: Harper, 1984.
- BLOOM, Harold. *Presagios del milenio*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- BORGES, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Seix Barral, 1993.
- BRUNEL, Pierre (ed.). *Companion to Literary Myths. Heroes and Archetypes*. New York: Routledge, 1988.
- COHN, Norman. *En pos del milenio*. Madrid: Alianza, 1970.
- KEE, H. C.; MEYER, E. M.; ROGERSON, J.; SALDARINI, A. (eds.). *The Cambridge Companion to the Bible*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- MELTZGER, B.; CARGAN, M. (eds.). *The Oxford Companion to the Bible*. New York: Oxford University Press, 1993.
- MILTON, John. *El paraíso perdido*. Madrid: Cátedra, 1986.